

7

Desarrollo de la constitución pastoral *Gaudium et Spes* en las encíclicas de S.S. Benedicto XVI y su relación con la Doctrina Social de la Iglesia*

Carlos Arturo Ospina Hernández**

Introducción

Hace cincuenta y tres años el mundo vivía la guerra fría entre dos grandes ejes: Moscú y Washington (Comunismo-Capitalismo). Por otra parte, la revolución cultural de los años 60, con su acento hippie-estructuralista, que unió la revolución sexual con la revolución social, narcotizó al mundo y reivindicó la primacía de los instintos sobre la razón. Sumado a esto, los avances cada vez más notables en las ciencias, el cine y las comunicaciones, empezaron a dibujar lo que el filósofo católico canadiense Marshall McLuhan (1995) llamó la aldea global. Aparte de esto, se estaba a un paso de que el hombre pisara la luna. Y, al mismo tiempo, reinaba el mal sabor de la posguerra, que ensombreció a la humanidad con el hongo amenazador de la explosión de dos bombas atómicas en Japón: Hiroshima y Nagasaki.

En ese entonces se promulgó, en el escenario del Concilio Vaticano II (1965), la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, la cual declaró la unión íntima de la Iglesia con la familia humana universal, así como

* Doctrina Social de la Iglesia, a partir de ahora DSI.

** Subdirector del Departamento de Humanidades. Docente de Cultura Católica. Director de proyectos de investigación en Historia de la Universidad Católica de Colombia. El Camino de la Misión y la identidad de la Universidad Católica de Colombia y otras de origen canónico en Bogotá. Miembro de la Academia de Historia Eclesiástica de Bogotá y de la Academia Caldense de Historia.

se ocupó de la situación de la Iglesia, del hombre de hoy y su vocación, y de la dignidad de la persona y de la comunidad humana.

De estos temas, que son verdaderos desafíos, a continuación se seleccionarán algunos apartes que se relacionarán con el Magisterio desarrollado por S.S. Benedicto XVI, en las tres encíclicas que elaboró durante su brillante pontificado, las cuales son un aporte importante para el pensamiento de la Doctrina Social de la Iglesia en el mundo actual.

Desarrollo

En lo referente a la situación del hombre hace cincuenta y tres años, la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* afirmó:

El género humano, interpelado por sus inventos y su poderío, se plantea angustiosas preguntas sobre la evolución del mundo, el lugar y misión del hombre en el universo, el sentido de sus esfuerzos, individuales y colectivos, y el último fin de las cosas y de los hombres.

Aquí se describió el escenario angustioso de un hombre que la razón no logró redimir mediante la ciencia, excluyó el horizonte de la fe y su existencia se vio sin norte y sin sentido.

La Iglesia coopera en salvar a la persona humana, renovar la sociedad humana, proclamar la altísima vocación del hombre y la presencia en él de un germen divino, en orden a establecer la fraternidad universal.¹

En este sentido, el compromiso de la Iglesia se planteó en la cooperación con la salvación de la persona, la renovación de la sociedad y el recordatorio de la elevada vocación del hombre como hijo de Dios, para lograr la unión con sus hermanos:

La historia está sometida a un proceso tan acelerado, que es imposible que los hombres, individualmente, puedan seguirla. Único es el destino del género humano, sin poder diversificarse en historias separadas. Así es como

1 Concilio Ecuménico Vaticano II, *Const. Past. Gaudium et spes, sobre la Iglesia en el mundo actual* (El Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 1965), numerales 3, 5, 9 y 10.

la humanidad pasa de una concepción casi estática del orden de las cosas a otra más dinámica y evolutiva, que determina nuevos problemas que obligan a nuevos análisis y a nuevas síntesis.²

Entonces, los procesos históricos acelerados exigían la unión necesaria entre los hombres, requiriendo análisis más novedosos y un gran espíritu de síntesis:

Crece la convicción de que el género humano, que puede y debe imponer más intensamente su dominio sobre las cosas creadas, tiene que instaurar un orden político, social y económico que cada día sirva mejor al hombre logrando que las personas y las clases afirmen y desarrollen su propia dignidad.³

También evidenció la necesidad de un orden político, social y económico que apuntara a la dignidad del género humano, en la medida en la que el hombre afirmara su dominio sobre la creación:

Los desequilibrios que actualmente sufre el mundo contemporáneo se hallan íntimamente unidos a aquel otro desequilibrio más fundamental, que radica en el corazón del hombre. Ya son muchas las oposiciones que luchan en lo interior del hombre.

Mientras de una parte, como criatura, se siente múltiplemente limitado, por otra parte se da cuenta de que sus aspiraciones no tienen límite y de que está llamado a una vida más elevada. Atraído por muchas solicitudes, se ve obligado a escoger unas y renunciar a otras. Además de que, débil y pecador, algunas veces hace lo que no quiere, mientras deja sin hacer lo que desearía. Siente en sí mismo una división, de la que provienen tantas y tan grandes discordias en la sociedad.⁴

Así mismo, presentó el misterio de la iniquidad en el escenario mundial, manifestado en grandes desequilibrios, cuyo único remedio estaba en el corazón del hombre. Por otra parte, acerca de la Iglesia y de la vocación del hombre, advirtió:

.....
2 Ibid., numeral 5.

3 Ibid., numeral 9.

4 Ibid., numeral 10.

Sabe perfectamente la Iglesia que su mensaje está en armonía con las aspiraciones más secretas del corazón humano, cuando defiende la dignidad de la vocación humana, devolviendo la esperanza a quienes ya desesperan de sus más altos destinos. Su mensaje, lejos de rebajar al hombre, le infunde luz, vida y libertad para su perfección, ya que nada fuera de aquél puede satisfacer al corazón humano: Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón no está sin paz hasta que en Ti descanse [...]

Cuando faltan plenamente el fundamento divino y la esperanza de la vida eterna, queda dañada gravemente la dignidad del hombre, según se comprueba frecuentemente hoy, mientras quedan sin solución posible los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, tanto que no pocas veces los hombres caen en la desesperación [...]

Puesto que Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es efectivamente una tan sólo, es decir, la vocación divina, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma sólo por Dios conocida, lleguen a asociarse a este misterio pascual. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que, fuera de su Evangelio, nos oprime.⁵

Recordó el papel de Cristo en la historia de la humanidad, para comunicarle a esta esperanza y brindarle luz, vida y libertad; así mismo, elevarla a su vocación divina. Sobre el conjunto de todos los seres humanos, enseñó:

El orden social y su progreso deben subordinarse siempre al bien de las personas, ya que el orden de las cosas debe someterse al orden de las personas y no al revés, como lo dio a entender el Señor al decir que el sábado fue hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. Ese orden se tiene que fundar en la verdad, realizarse en la justicia y estar vivificado por el amor; y hallará un equilibrio cada día más humano en el cuadro de la libertad. Más para llegar a este ideal, se han de renovar antes los espíritus y se han de introducir vastas transformaciones dentro de la sociedad [...]

Como Dios creó a los hombres no para la vida individual, sino para formar una unidad social, así también Él «quiso... santificar y salvar a los hombres

.....
5 Ibid., 21-22.

no individualmente y aislados entre sí, sino organizándolos en un pueblo que Le reconociera en la verdad y Le sirviera fielmente». Y desde los comienzos mismos de la historia de la salvación, Él escogió a los hombres, no sólo como individuos, sino también como miembros de una determinada comunidad. A estos elegidos, Dios, al manifestar sus designios, los llamó su pueblo (Ex. 3,7-12), con el que, por añadidura, firmó una alianza en el Sinaí. Esta índole comunitaria se perfecciona y se consuma por obra de Jesucristo, pues el mismo Verbo encarnado quiso participar de la misma solidaridad humana. Tomó parte en las bodas de Caná, se invitó a casa de Zaqueo, comió con publicanos y pecadores. Reveló el amor del Padre y la excelsa vocación del hombre, sirviéndose de las realidades más comunes de la vida social y usando el lenguaje y las imágenes de la normal vida cotidiana.

Santificó las relaciones humanas, sobre todo las relaciones familiares de donde surgen las relaciones sociales, y voluntariamente se sometió a las leyes de su patria. Tuvo a bien llevar la vida propia de cualquier trabajador de su tiempo y de su región. En su predicación mandó claramente a los hijos de Dios que se trataran mutuamente como hermanos. En su oración rogó que todos sus discípulos fuesen una sola cosa. Más aún, Él mismo se ofreció por todos hasta la muerte, como Redentor de todos. Nadie tiene mayor amor que el de dar uno la vida por sus amigos (Jn 15,13). Y a sus Apóstoles les mandó que predicaran a todas las gentes el mensaje evangélico, para que el género humano se convirtiese en la familia de Dios, en la cual la plenitud de la ley fuera el amor.

Primogénito entre muchos hermanos, constituye, por el don de su Espíritu, una nueva comunidad fraternal, que se realiza entre todos los que, después de su muerte y resurrección, le aceptan a Él por la fe y por la caridad. En este Cuerpo suyo, que es la Iglesia, todos, miembros los unos de los otros, han de ayudarse mutuamente, según la variedad de dones que se les haya conferido. Esta solidaridad deberá ir en aumento hasta aquel día en que llegue a su consumación, cuando los hombres, salvados por la gracia, como una familia amada por Dios y por Cristo su Hermano, darán a Dios la gloria perfecta.⁶

.....
6 Ibid., 25 y 32.

La apuesta fue la de consolidar un pueblo de Dios fundado en la verdad, realizado en la justicia, vivificado por el amor y fortalecido por la vida familiar, las relaciones sociales armónicas, las raíces patrias y la gran vocación divina.

Frente a los desafíos que fueron presentados en la *Gaudium et Spes*, están las encíclicas de Benedicto XVI, las cuales han desarrollado y contextualizado dichas problemáticas, colmando de riqueza el pensamiento de la Doctrina Social de la Iglesia.

Deus Caritas Est (S.S. Benedicto XVI, 25 diciembre de 2005)

En su primera carta encíclica, Benedicto XVI destacó la importancia de recordar que Dios es Amor, aun cuando en este mundo, en ocasiones, se relacione su nombre con la venganza u obligación de odio.⁷ Estos fenómenos violentos los señaló como propiciados por el fundamentalismo religioso, al cual se suma el laicismo radical, del cual se ocupa en otra de sus encíclicas.⁸ Ambos, fundamentalismo religioso y laicismo radical, son la muestra de cómo el mundo vivido cincuenta y tres años atrás hizo metástasis. Este panorama, a su vez, ha tenido como fondo la manipulación genética y la filosofía anti-vida.

La dimensión social de la caridad

Después de haber tratado en su encíclica esa dimensión antropológica del amor, Benedicto XVI se ocupó de la dimensión social de la caridad y salió al encuentro del reparo marxista de que los pobres no necesitan obras de caridad sino justicia, sin desconocer que esta afirmación encierra algo de verdad, pero sobre todo muchos errores.

7 Benedicto XVI, *Carta Encíclica Caritas in Veritate* (El Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2009), 1.

8 Ibid.

Fue precisamente con la revolución industrial que se establecieron nuevas estructuras económicas, en las cuales se volvió central la relación entre el capital y el trabajo asalariado, derivándose una serie de injusticias en perjuicio de los trabajadores, debido a que quienes poseían un nuevo poder, centrado en el capital y los medios de producción, desconocían los derechos de los obreros.⁹

Frente a esa situación, la Iglesia engendró círculos, asociaciones, uniones, federaciones y congregaciones religiosas que se ocuparon seriamente de la cuestión social. En 1891, el Magisterio Pontificio dio comienzo a una serie de encíclicas sociales con la *Rerum Novarum* de León XIII, sucedida en 1931 por la *Quadragesimo anno*. Más adelante, en 1961, el beato Papa Juan XXIII publicó la Encíclica *Mater et Magistra*. Luego, Pablo VI se ocupó de la situación social latinoamericana en la Encíclica *Populorum progressio* (1967) y en la Carta Apostólica *Octogesima adveniens* (1971). Después, San Juan Pablo II aportó una trilogía de encíclicas sociales: *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991). Así se desarrolló la doctrina social católica, presentada de modo orgánico en el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, redactado por el Consejo Pontificio *Iustitia et Pax* en 2004.¹⁰ Conviene traer a colación que el 24 de mayo de 2015, el Papa Francisco enriqueció la Doctrina Social de la Iglesia con la Encíclica *Laudato Si*, que recordó los deberes de la humanidad respecto al cuidado de la creación.

Con el discurrir de la historia se evidenció el fracaso de los regímenes marxistas y sobrevino la globalización de la economía. Frente a la actualidad de ese panorama, Benedicto XVI enseñó que la Doctrina Social de la Iglesia se ha convertido en una guía fundamental con

9 Ibid., 26.

10 Ibid., 27.

orientaciones válidas y abiertas al diálogo con todos los que se preocupan seriamente por el hombre y su mundo.¹¹

Hizo notar que no es deber de la Iglesia emprender por cuenta propia el proyecto político de realizar la sociedad más justa posible, ni de sustituir al Estado. No obstante, tampoco debe marginarse de la lucha por la justicia, en la que debe hacer uso de argumentos de razón y despertar fuerzas espirituales capaces de impulsar el ánimo de renuncia exigido para que la justicia se afirme y prospere, abriendo de este modo la inteligencia y la voluntad al bien.¹²

Exaltó el amor-caritas como la potencia necesaria para que la cuestión social no se desentienda del hombre en cuanto hombre. Descalificó ese tipo de Estado que quiere absorberlo todo y que se convierte en una instancia burocrática que niega lo más necesario al ser humano, lo cual consiste en una entrañable atención personal. Expresó que lo más importante no es un Estado que regule y domine todo, sino uno que apoye y fortalezca las diversas fuerzas sociales, entre las que se encuentra la Iglesia, que edifica la sociedad con el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo, prodigando bienes materiales y atención a las almas. Ese apoyo del Estado a las fuerzas sociales lo consideró una aplicación del principio de subsidiaridad. Igualmente, manifestó su discordancia con quienes piensan que la caridad sería superflua si existieran estructuras justas, pues parten de la premisa materialista de que el hombre vive solo de pan, cuestión que además de humillante, desconoce lo más elevado de la condición humana.¹³

En esta bella disertación sobre el Dios Amor y sus consecuencias personales y sociales, enmarcada en un momento histórico de fundamentalismo religioso y laicismo radical, es evidente la gran capacidad del pastor para prodigar caridad intelectual e iluminar desde el Magisterio

11 Ibid., 27.

12 Ibid., 28.

13 Ibid.

de la Iglesia a un mundo necesitado de reconocer el rostro del hombre en el rostro de Cristo, máxima manifestación del amor de Dios.

Spes Salvi (S.S. Benedicto XVI, 30 de noviembre de 2007)

En esta encíclica, Benedicto XVI se preguntó si la esperanza cristiana es individualista, refiriéndose a una crítica generalizada en los tiempos modernos, en los que se la tacha de ser practicada por quienes abandonan el mundo a su miseria y buscan una salvación eterna de cuño privado. A ese respecto, citó un ejemplo paradigmático:

Henri de Lubac, en la introducción a su obra fundamental *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, ha recogido algunos testimonios característicos de esta clase, uno de los cuales es digno de mención: «¿He encontrado la alegría? No... He encontrado mi alegría. Y esto es algo terriblemente diverso... La alegría de Jesús puede ser personal. Puede pertenecer a una sola persona, y ésta se salva. Está en paz..., ahora y por siempre, pero ella sola. Esta soledad de la alegría no la perturba. Al contrario: ¡Ella es precisamente la elegida! En su bienaventuranza atraviesa felizmente las batallas con una rosa en la mano» (Giono 1983 VII).¹⁴

Benedicto XVI aclaró, como de Lubac –basado en la patrística–, que la salvación en el cristianismo siempre ha sido considerada como una realidad comunitaria. Incluso la Carta a los Hebreos habla de una ciudad¹⁵ que, de por sí, encierra esa realidad. Sin embargo, no esquivó el problema y se remontó al origen y a las consecuencias que se han derivado de esto.

El proceso histórico del individualismo

En *Spes Salvi*, el Papa explicó cómo se originó históricamente el argumento de que el mensaje cristiano es individualista y que la idea

14 Benedicto XVI, *Carta Encíclica Spes Salvi* (El Vaticano: Librería Editrice Vaticana, 2007).

15 Comparar Hebreos 11, 10, 16, 12, 22, 13, 14.

de la salvación es una expresión egoísta. Para hacerlo, analizó los elementos fundamentales de la época moderna, los cuales se aprecian con mayor claridad en el pensamiento de Francis Bacon.¹⁶

Indicó que hubo un cambio de época, basado en una transformación de la correlación entre experimento y método, la cual, remontada a lo teológico, tenía que ver con el restablecimiento del dominio del hombre sobre la creación, perdido después del pecado original. La nueva correlación entre experimento y método sustituyó la rendición, basada en la fe en Jesucristo, por la ciencia y por la praxis.¹⁷

Como consecuencia de lo anterior, afirmó Benedicto XVI, la esperanza cristiana fue desplazada por la fe en el progreso, en cuyo centro se situaron las categorías razón y libertad, con un potencial revolucionario de enorme fuerza explosiva.¹⁸ La concreción política de ese ideario se dio con la revolución francesa, que comenzó fascinando y después inquietando a los hombres de la ilustración, entre los cuales se encontraba Immanuel Kant.

Para entender lo ocurrido en Francia, son significativos dos escritos de Kant, en los que reflexionó sobre dichos acontecimientos. En 1792 escribió la obra *Der Sieg des guten Prinzips über das böse und die Gründung eines Reichs Gottes auf Erden* (La victoria del principio bueno sobre el malo y la constitución de un reino de Dios sobre la tierra). En ella dijo: “El paso gradual de la fe eclesiástica al dominio exclusivo de la pura fe religiosa constituye el acercamiento del reino de Dios”.¹⁹ También expresó que las revoluciones pueden acelerar los tiempos de este paso de la fe eclesiástica a la fe racional. El “reino de Dios”, del que había hablado Jesús, recibe aquí una nueva definición y asume también una nueva presencia. Se daba existencia, por así decirlo,

16 Benedicto XVI, *Spes Salvi*, 16.

17 Ibid., 16-17.

18 Ibid., 18.

19 Immanuel Kant, *Das Ende aller Dinge* (Munich: Weiszel Ed, 1964), 777.

a una nueva “espera inmediata”: el “reino de Dios” llegaba allí donde la fe eclesiástica fuese superada y reemplazada por la fe religiosa, es decir, por la simple fe racional.

En 1794, en su obra *Das Ende aller Dinge* (*El final de todas las cosas*), apareció una imagen diferente. Kant tomaba en consideración la posibilidad de que, junto al final natural de todas las cosas, se pudiera producir también uno contrario a la naturaleza, en otras palabras, uno perverso. A este respecto, escribió:

Si llegara un día en el que el cristianismo no fuera ya digno de amor, el pensamiento dominante de los hombres debería convertirse en el de un rechazo y una oposición contra él; y el anticristo [...] inauguraría su régimen, aunque breve (fundado presumiblemente en el miedo y el egoísmo). A continuación, no obstante, puesto que el cristianismo, aun habiendo sido destinado a ser la religión universal, no habría sido ayudado de hecho por el destino a serlo, podría ocurrir, bajo el aspecto moral, el final (perverso) de todas las cosas.²⁰

En la encíclica, Benedicto XVI siguió analizando ese trasegar histórico de la fe en el progreso, iluminada por la razón y la libertad, que dio al traste con la esperanza que suscitaba, cuando en medio del proceso de industrialización cambiaron las condiciones sociales. Surgió el proletariado industrial, víctima de condiciones de vida inhumanas, las cuales fueron descritas por Engels en 1845. En ese proceso histórico, a la revolución burguesa de 1789 le salió al paso la revolución proletaria rusa de 1917, inspirada en el salto revolucionario de Marx.²¹ De ella, su santidad hizo el siguiente balance:

Pero con su victoria se puso de manifiesto también el error fundamental de Marx. Él indicó con exactitud cómo lograr el cambio total de la situación. Ha olvidado que el hombre es siempre hombre. Ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal. Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría

20 Ibid., 190.

21 Benedicto XVI, *Spes Salvi*.

solucionado. Su verdadero error es el materialismo: en efecto, el hombre no es sólo el producto de condiciones económicas y no es posible curarlo sólo desde fuera, creando condiciones económicas favorables.²²

De todo ese proceso histórico se derivó, inicialmente, una sustitución de la fe cristiana por la fe en el progreso, que abrió las puertas a la injusticia y al materialismo. De ese modo, se hizo el tránsito de una propuesta de un cristianismo sin fe eclesial, eminentemente individualista y racionalista, a un materialismo sin libertad y centrado en un horizonte exclusivamente económico.

Un necesario ejercicio de autocrítica

Teniendo en cuenta todas esas consideraciones, Benedicto XVI recomendó una autocrítica de la concepción de esperanza en la edad moderna, en diálogo con el cristianismo, el cual, a su vez, haría también otro ejercicio autorreflexivo teniendo en cuenta el aprendizaje sobre la realidad de su esperanza y sus posibilidades en el mundo actual. Lo anterior, volviendo los ojos a sus propias raíces.²³

Comenzó por hacer una observación sobre la necesidad de preguntarse ¿qué significa el progreso? ¿Qué promete? Y ¿qué no? Respecto a esto, recordó la incertidumbre frente a la fe en el progreso, expresada por Theodor W. Adorno, como aquello que visto de cerca es el pasaje de la honda a la superbomba. El Papa ponderó que si bien el progreso ha aportado posibilidades para el bien, igualmente ha aportado otras abismales para el mal. Y apuntó que el progreso debe aplicarse a la formación ética del hombre para evitar que este se convierta en una amenaza.²⁴

Acerca de la razón, expuso que es el gran don de Dios y que su victoria sobre la irracionalidad es también un cometido de la fe. Así

22 Ibid., 21.

23 Ibid., 22.

24 Ibid.

mismo, que la razón no se valida en la medida en que cierre los ojos al Creador, ni por el poder y ni por el hacer, puesto que si el progreso exige del crecimiento moral de la humanidad, igualmente la razón del poder y del hacer debe integrarse a las fuerzas salvadoras de la fe y al discernimiento entre el bien y el mal, para convertirse en realmente humana.²⁵

Se refirió a aquello a lo que podemos y no podemos esperar, constataando que un progreso acumulativo solamente es viable en la esfera material. Sin embargo, en la esfera de la consciencia ética y de la decisión moral esto no es posible, porque la libertad del ser humano se renueva permanentemente y siempre toma sus decisiones, como lo hace cada generación respecto al legado de las anteriores. En consecuencia, el tesoro moral de la humanidad existe como invitación y posibilidad de libertad.²⁶

Las buenas estructuras no bastan

Lo anterior implica que el bienestar moral de la humanidad no puede garantizarse simplemente con estructuras, por más validez que estas posean, pues la libertad requiere siempre de una convicción conquistada incesantemente por la comunidad. Por ser el hombre frágil en su libertad, no existe un reino del bien definitivamente consolidado. Esto implica que el bien debe ser conquistado una y otra vez. Dicha tarea corresponde a cada generación y no debe nunca darse por concluida.²⁷

Ya que las buenas estructuras no bastan, cada generación tiene que hacer su aporte. El error de Francis Bacon fue pensar que la ciencia podía redimir al hombre, cuando este no puede ser redimido desde afuera. Sin embargo, el cristianismo moderno, impresionado por los éxitos de la ciencia en la estructuración del mundo, se

.....
²⁵ Ibid., 23.

²⁶ Ibid., 24.

²⁷ Ibid., 24-25.

ha concentrado en el individuo y su salvación, reduciendo de este modo sus horizontes de esperanza y la grandeza de su misión.²⁸

El amor es la verdadera fuerza redentora

La ciencia no redime al hombre, por el contrario, es el amor el que lo hace. Incluso, mundanamente hablando, los momentos de amor en la vida son de redención, porque dan sentido a la existencia. Aun así, este tipo de amor es frágil y susceptible de ser destruido por la muerte, lo que para el ser humano crea un tipo de exigencia. Esta fue expuesta por el Papa en los siguientes términos:

Necesita esa certeza que le hace decir: «Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8, 38-39). Si existe este amor absoluto con su certeza absoluta, entonces –solo entonces– el hombre es «redimido», suceda lo que suceda en su caso particular. Esto es lo que se ha de entender cuando decimos que Jesucristo nos ha «redimido». Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no es una lejana «causa primera» del mundo, porque su Hijo unigénito se ha hecho hombre y cada uno puede decir de Él: «Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (Ga 2, 20).²⁹

La ciencia no es olvido del amor ni de Dios. Esta confusión es un mal legado de ciertas corrientes de la modernidad, que oscurecieron la dimensión absoluta del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús. Como bien lo recuerda el sumo pontífice, dicho amor absoluto, con su certeza absoluta, ha redimido a los hombres.

La vida es una relación

Benedicto XVI dijo que, de ese modo, quien no conoce a Dios carece de la gran esperanza que sostiene toda la vida. Vida que no se tiene

28 Ibid., 25.

29 Ibid., 26.

solo para sí, ni por sí mismo, puesto que es una relación con quien es su fuente. Si se está en relación con Aquel que es la vida misma y el Amor mismo, se está en la vida y se vive.³⁰

Esa relación con Dios no implica recaer en el individualismo de la salvación ni en la falsa esperanza en la que hay un olvido del otro, puesto que esta relación se establece en comunión con Jesús y así se participa en su ser para todos. El sumo pontífice evocó:

Quisiera citar en este contexto al gran doctor griego de la Iglesia, san Máximo el Confesor († 662), el cual exhorta primero a no anteponer nada al conocimiento y al amor de Dios, pero pasa enseguida a aplicaciones muy prácticas: «Quien ama a Dios no puede guardar para sí el dinero, sino que lo reparte “según Dios” [...] a imitación de Dios, sin discriminación alguna» (Máximo 90). Del amor a Dios se deriva la participación en la justicia y en la bondad de Dios hacia los otros; amar a Dios requiere la libertad interior respecto a todo lo que se posee y todas las cosas materiales: el amor de Dios se manifiesta en la responsabilidad por el otro.³¹

Esa apreciación de la responsabilidad por el otro, como expresión del amor a Dios, es contundentemente contraria a la esperanza individualista, que solo aspira a su propia salvación, y recuerda la gran pregunta que resuena a lo largo de las escrituras desde el libro del Génesis: “¿Dónde está tu hermano?” (Gen 4, 9).

Caritas in Veritate (S.S. Benedicto XVI, 29 de junio de 2009)

En esta encíclica, el Papa hizo referencia a la pérdida de sentido de la caridad en estos tiempos, donde no faltan quienes la consideran irrelevante. Por eso, la presentó no solo en la dirección indicada por San Pablo, la de unir la caridad con la verdad (Ef 4, 15), sino también en la inversa y complementaria: *Caritas in Veritate*. Así se ha de

30 Ibid., 27.

31 Ibid., 28.

buscar, encontrar y expresar la verdad en la economía de la caridad, pero también entender, valorar y practicar la caridad a la luz de la verdad, dándole a esta última fuerza, revelando su capacidad de hacer auténtica y aceptable la vida social en un contexto que la relativiza, la ignora y la rechaza.³²

Enseñó que la verdad es "logos" que crea "diá-logos" y, por tanto, es comunicación y comunión que rescata al hombre de las opiniones y sensaciones subjetivas, permitiéndole saltar la cerca de las determinaciones culturales e históricas y abrirse al valor y a la sustancia de las cosas. Así se une el intelecto humano en el logos del amor, que es el testimonio y anuncio cristiano de la caridad.³³

El desarrollo humano integral

Benedicto XVI enseñó cómo vivir la caridad en la verdad e hizo comprender cómo la adhesión a los valores del cristianismo es indispensable para la construcción de una buena sociedad y para un verdadero desarrollo humano integral.³⁴ Además, observó cómo este desarrollo exige la interdisciplinariedad de los distintos saberes, sazonados con la sal de la caridad:

Teniendo en cuenta la complejidad de los problemas, es obvio que las diferentes disciplinas deben colaborar en una interdisciplinariedad ordenada. La caridad no excluye el saber, más bien lo exige, lo promueve y lo anima desde dentro. El saber nunca es solo obra de la inteligencia. Ciertamente, puede reducirse a cálculo y experimentación, pero si quiere ser sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los primeros principios y de su fin último, ha de ser "sazonado" con la "sal" de la caridad.³⁵

En concordancia con lo anterior, dejó claro que esa caridad no es un añadido, pues no existe primero la inteligencia y después el amor:

.....
32 Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, 1.

33 Ibid.

34 Ibid.

35 Ibid., 30.

existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor.³⁶ También trajo a la memoria que Pablo VI, desde la *Populorum Progreso*, detectó como causa del subdesarrollo la falta de sabiduría, es decir, la carencia de un pensamiento capaz de elaborar una síntesis orientadora que comprenda todos los aspectos económicos, sociales, culturales y espirituales. Igualmente, precisó que la exclusión que las ciencias humanas han hecho de la metafísica, ha generado dificultades para el diálogo entre las ciencias y la teología. El resultado de esto ha sido el perjuicio para el saber y para el desarrollo de los pueblos, ya que se ha oscurecido la visión de las múltiples dimensiones humanas.³⁷

Globalización y cultura personalista y comunitaria

Se refirió también al actual contexto de la globalización, respecto al que recomendó el favorecimiento de una cultura personalista y comunitaria abierta a la trascendencia. Benedicto XVI expresó:

Cuando se entiende la globalización de manera determinista, se pierden los criterios para valorarla y orientarla. Es una realidad humana y puede ser fruto de diversas corrientes culturales que han de ser sometidas a un discernimiento. La verdad de la globalización como proceso y su criterio ético fundamental vienen dados por la unidad de la familia humana y su crecimiento en el bien. Por tanto, hay que esforzarse incesantemente para favorecer una orientación cultural personalista y comunitaria, abierta a la trascendencia, del proceso de integración planetaria.³⁸

Convidó, con la guía de la caridad y la verdad, a jugar un papel protagónico en la globalización, la cual ofrece una posibilidad de redistribución de la riqueza a escala planetaria, como nunca había sucedido. La globalización es un fenómeno multidimensional y polivalente que debe ser comprendido en la diversidad y la unidad de

36 Ibid., 30.

37 Ibid., 31.

38 Ibid., 42.

todas sus dimensiones, incluso teológicas. Señaló que así es posible orientarla y vivirla en términos de relacionalidad, comunión y participación.³⁹

El horizonte ético de la solidaridad

Por otra parte, se ocupó de la importancia de distinguir entre derechos y deberes, en el horizonte ético de la solidaridad, el cual es indispensable en la globalización:

"La solidaridad universal, que es un hecho y un beneficio para todos, es también un deber". (Pablo VI 1967). En la actualidad, muchos pretenden pensar que no deben nada a nadie, si no es a sí mismos. Piensan que solo son titulares de derechos y con frecuencia les cuesta madurar en su responsabilidad respecto al desarrollo integral propio y ajeno. Por ello, es importante urgir una nueva reflexión sobre los deberes que los derechos presuponen, y sin los cuales estos se convierten en algo arbitrario (Juan Pablo II 2003).⁴⁰

Puso en evidencia que la exacerbación de los derechos conduce al olvido de los deberes que los delimitan, al ser referidos a un marco antropológico y ético con cuya verdad se evita que sean arbitrarios. Si los derechos se fundamentan en las deliberaciones de una asamblea de ciudadanos, estos pueden ser cambiados al olvidarse la cualidad de no disponibles de los derechos, poniéndose en peligro el verdadero desarrollo de los pueblos y comprometiendo, de paso, la autoridad moral tanto de los organismos nacionales como internacionales.⁴¹

El poder del humanismo cristiano

Finalmente, consideró que la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano

39 Ibid., 43.

40 Ibid., 43.

41 Ibid., 43.

que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios. La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hermanos y una vida entendida como una tarea solidaria y gozosa. Al contrario, la cerrazón ideológica a Dios y el indiferentismo ateo, que olvida al Creador y corre el peligro de olvidar también los valores humanos, se presentan hoy como uno de los mayores obstáculos para el desarrollo. El humanismo que excluye a Dios es un humanismo inhumano.⁴²

En su tercera encíclica, Benedicto XVI clamó por la verdad y por el amor como dos fuerzas recíprocas, sumadas al principio de subsidiaridad y al humanismo cristiano. Si estas son tenidas en cuenta, forjarán el auténtico desarrollo de la humanidad, liberándolo de la carga materialista, tiránica, tecnicista y deshumanizante que lo hacen cada vez más inviable.

Conclusiones

Las tres cartas encíclicas de Benedicto XVI, que fueron escritas en el período 2005-2009, se centran en los fundamentos del cristianismo, los cuales corresponden a las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, que, en cuanto tales, deben gobernar el alma de todos los bautizados.

El debilitamiento de estas tres virtudes se ha traducido históricamente en: individualismo; relativismo; la sustitución del don de la redención por el progreso; la razón; la ciencia; el materialismo; el tecnicismo; el uso arbitrario de los derechos, originado en el olvido de los deberes o en la disponibilidad totalitaria de los mismos; la exclusión de Dios y de la religión; el ateísmo; la deshumanización; el estrechamiento de la libertad; entre otros.

Sus encíclicas se convierten en una llave para abrir las mentes y los corazones a las realidades superiores del amor, la esperanza y la

.....
⁴² Ibid., 78.

verdad, fuerzas redentoras que impulsan y perfeccionan el desarrollo humano integral, una globalización y cultura personalista y cristiana, el horizonte ético de la solidaridad y el poder del humanismo cristiano.

Deja claro, además, que la verdad entendida como "logos" que crea "diá-logos", ordenada en torno a la comunicación y la comunión, libera al hombre de la cultura de la opinión y de la cárcel de la subjetividad. De igual manera, lo ayuda a superar el determinismo cultural e histórico y a entender con la profunda realidad del ser, encontrando en el amor cristiano el eslabón que une el pensamiento con la caridad en la verdad. Gracias a un saber rico en inteligencia, y a una inteligencia llena de amor, se logra una sociedad buena y un desarrollo humano integral.

Las enseñanzas del Papa Benedicto XVI, plasmadas en las referidas encíclicas, aportan de esta manera un profundo y lúcido entendimiento de las metas trazadas por la *Gaudium et Spes*, acerca de la unión íntima de la Iglesia con la familia humana universal, con la posición del hombre en el tiempo presente, con la vocación humana y con la dignidad de la persona y la comunidad humana, enfocada en el grandioso horizonte del humanismo cristiano.

Bibliografía

La bibliografía correspondiente se ha ubicado al final del libro.